

¿Qué se vayan todos? O ¿Qué vengan todos?

De cómo salvar la profunda crisis de confianza que vivimos

Pablo Bustamante Pardo

La Primera, 19 de agosto del 2005

Como en Argentina, Ecuador y otras partes de Latinoamérica, ya se empieza a escuchar a varios analistas peruanos, ese grito de derrota: 'Que se vayan todos'.

Esta reacción y este reclamo pueden parecer naturales a muchos, dada la gran frustración que significa ver como nuestra nación no logra combinar el desarrollo social y el económico, ver cómo se deteriora la paz social y como se agrava la seguridad interna y sobre todo ver cómo se comporta nuestra desaprensiva clase política.

Sin embargo, el 'que se vayan todos' es un salto al vacío, que más allá de las reacciones hepáticas - por más entendibles que éstas puedan ser, no es otra cosa que una gran irresponsabilidad, falta de análisis y de visión para enfrentar los problemas, por más grandes que estos sean.

Como escribí hace algunas semanas, yo estoy convencido que nuestro problema actual es que estamos atravesando una profunda crisis de confianza. De que otra manera puede calificarse el que el prestigio de todas las instituciones públicas nacionales, esté por los suelos; el que toda la clase política tenga niveles de desaprobación tan altos; el que nuestro nivel de inversión total - público y privado, no logre superar el 18% del PBI; el que más de 300,000 peruanos emigren todos los años y el peor de todos los indicadores de confianza, el que el 87% de nuestros jóvenes esté pensando en abandonar su patria en búsqueda del bienestar.

Por fin estamos empezando a crecer a un ritmo adecuado, debiéramos de tratar de crecer al 8 ó 9% sostenidamente durante por lo menos quince años. Pero a pesar del crecimiento de la economía y de varios otros buenos indicadores como el crecimiento del consumo, de los ingresos, y de las exportaciones, nadie se siente bien, seguimos insatisfechos, frustrados y cada vez más violentos. Es cierto que hace poco hemos tenido cuatro años de recesión y que el crecimiento de los últimos años, del orden del 4% del PBI es insuficiente para producir bienestar y generar empleo, pero la sensación nacional va más allá de lo que esos resultados económicos pueden explicar.

Lo más grave de la situación nacional es que una crisis de confianza es la más difícil de enfrentar. Perder la confianza es muy fácil, ganarla o recuperarla es muy complicado y no se puede hacer de la noche a la mañana.

Como expliqué hace poco, ésta, la crisis de confianza es la tercera gran crisis que atraviesa nuestro país en los últimos 25 años, al final de los 80 tuvimos una inmensa crisis generalizada, en lo político, lo económico y lo social y al final de los 90

enfrentamos una terrible crisis moral. Hoy, en mi humilde opinión, enfrentamos una profunda y generalizada crisis de confianza, que además es la más difícil de resolver.

Desde la perspectiva de este análisis, ¿Cabe plantear – Que se vayan todos? ¿Es esta la respuesta lúcida que los peruanos necesitamos? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias, no solo del vacío de poder, sino también del vacío de liderazgo?

Se requiere pues un poco más que eso, se espera un poco más, debemos tener mejores respuestas y propuestas.

Hace pocos días leyendo una entrevista al argentino Felipe Noguera, encontré una muchísimo mejor respuesta: 'Que vengan todos'.

El argumento es muy simple. Si la clase política no está calificada para enfrentar la crisis, no se trata de crear un vacío, sino de llenar el espacio político con tantos ciudadanos valiosos que normalmente se mantienen al margen de la política.

Algunos, efectivamente, debieran entrar plenamente al quehacer político, con visiones frescas, con pragmatismo, con racionalidad y con un enfoque claro para la superación de nuestros problemas, que en esencia requieren de una estrategia integral de desarrollo. Pero otros, los más, muchísimos ciudadanos capaces, tienen que asumir su responsabilidad de participar en el debate nacional, en el debate político, no tienen que hacer vida partidaria, ni asumir funciones públicas, pero no pueden dejar de contribuir con su conocimiento, sus experiencias y su eficiencia a fijar una agenda nacional, a plantear al país el mandato de acción que deberá ser ejecutado por los gobernantes, que no deben ser otra cosa que los administradores de la agenda nacional.

Cuandoelijamos a nuestros gobernantes debemos hacerlo en función de la agenda nacional planteada por la ciudadanía y debemos elegirlos según su capacidad para interpretar dicha agenda y según su capacidad para administrarla.

Por otro lado, si estamos mal, no podemos echarle toda la culpa a la clase política, unos somos responsables por acción y otros lo somos por omisión. En verdad la responsabilidad de nuestra situación recae sobre toda la clase dirigente.

La gravedad de la crisis llama a la participación ciudadana, especialmente a nuestras reservas morales, a aquellos ciudadanos que ya están encima del bien y del mal, aquellos que por sus canas ya no están para la búsqueda de poder, sino para dar de sí, con cariño de abuelos, los sabios consejos que todos podamos escuchar, sin desconfianza, con esperanza y a su vez, con la sabiduría de los jóvenes, que es saber escuchar selectivamente, cuando es imperioso - y hoy lo es.

Cuidado con apresurarnos y seguir pensando en que es hora de 'Que se vayan todos'. Es hora de que 'Vengan todos'. Dibujemos juntos la agenda nacional, nuestra estrategia de desarrollo, el libreto para nuestros actores políticos, el mandato ciudadano para el desarrollo, el bienestar, la paz y la armonía.